

¿Preservando la paz? Haití y Colombia

ANDRÉS MALAMUD

CIES/ISCTE, Lisboa

I. Introducción

Colombia y Haití son dos países latinoamericanos con una característica en común: ninguno de los dos es cabalmente representativo de la región. Si algo distingue a América Latina de los demás continentes del globo es su desigual distribución de la riqueza. La categoría que mejor describe la situación imperante en los veinte países del área es “inequidad social”. Sin embargo, cuando se hace referencia a Colombia y Haití se presupone que el elemento que los agrupa es otro: la violencia. Este fenómeno nunca fue típico de la región, que prácticamente se mantuvo al margen de las guerras mundiales y, desde su independencia de los imperios ibéricos, no practicó ni sufrió genocidios.

Altos niveles de violencia, sin embargo, estuvieron presentes en los movimientos revolucionarios y las dictaduras militares. Ciertamente, también en los actuales regímenes democráticos diferentes grados de violencia se manifiestan bajo la forma de criminalidad urbana y rural. La diferencia entre la violencia política y la criminal es que la primera se orienta hacia el régimen de gobierno mientras la segunda es independiente de él —aunque suele tornarse más visible en sistemas democráticos.

Una peculiaridad que conviene apuntar de los casos en estudio es que, a pesar de que existen organizaciones violentas orientadas a la toma del poder, lo que predomina tanto en Colombia como en Haití es la violencia criminal, orientada por el lucro (o la supervivencia) antes que por objetivos políticos. Sin embargo, y éste es un elemento diferencial respecto del resto del continente, la extensión e intensidad de la criminalidad son tan altas que impactan sobre el régimen político y, más aún, sobre el estado. De ese modo, aunque el móvil de

la violencia no es necesariamente político las consecuencias sí lo son.

Como resultado de esta vinculación entre violencia y política, Colombia y Haití gozan del dudoso privilegio de figurar en los primeros lugares del ranking de estados fallados. El concepto de estado fallado no ha sido aún bien definido, aunque puede asumirse que, como dijera un legislador norteamericano sobre la pornografía, uno consigue identificarlo cuando lo ve. En cualquier caso, la revista *Foreign Policy* construyó en 2005 un ranking de estados fallados a partir de una serie de doce indicadores que medían variables como la presión demográfica, el número de desplazados y refugiados, la declinación económica, las asimetrías internas, la deslegitimación del estado y la faccionalización de las élites (véase http://www.foreignpolicy.com/story/cms.php?story_id=3098). Entre los primeros veinte lugares figuran tres latinoamericanos: Colombia, Haití y la República Dominicana. Doce países, entre ellos los tres que encabezan la lista, son africanos, a los que se suman otros casos evidentes como Irak y Afganistán. Las extrañas compañías confirman lo ya dicho respecto a que, en el hemisferio occidental, los países referidos constituyen una excepción y no la regla. Sin embargo, y a pesar de su común condición de sociedades violentas y estados fallados, los casos de Colombia y Haití presentan más diferencias que similitudes.

Haití siempre constituyó una extraña presencia en América Latina: aparte de su situación de insularidad, apenas compartida con la República Dominicana, Cuba y Puerto Rico, es el único país independiente de lengua francesa en todo el continente. Su composición étnica (mayoritariamente de origen africano) y su precocidad revolucionaria (se independizó en 1804,

bastante antes de que se iniciara la lucha por la emancipación en las colonias españolas y portuguesas) la transformaron en la “primera república negra” del mundo. A pesar de ello, su historia nunca alcanzó la altura de su promesa: pobre, violento y subdesarrollado, está más cerca de convertirse en un protectorado de las Naciones Unidas que en un estado soberano y autogobernado.

Colombia, en contraste, ocupa un lugar destacado entre los países latinoamericanos. Con 45 millones de habitantes, es el segundo país hispanoparlante más poblado del globo (después de México y antes que España). Uno de los primeros productores mundiales de café y otros estimulantes, ha logrado también una distinguida presencia en el deporte y las artes (en literatura con, entre otros, el premio Nobel Gabriel García Márquez, y en música popular contemporánea con Shakira, Juanes y Carlos Vives). La historia de su independencia se funde con la de la región, ya que fue desde Bogotá que Simón Bolívar lanzó su campaña contra el dominio español para liberar Venezuela y, luego, Ecuador, Perú y Bolivia. Colombia podría ser, en muchos aspectos, un típico país latinoamericano. No lo es porque su sociedad es más violenta y su estado menos efectivo que el promedio regional.

A pesar de que Colombia y Haití comparten la condición de estados fallados, la falla no es la misma. En el caso colombiano, el estado ejerce un control relativamente eficaz sobre una porción significativa del territorio nacional, pero su autoridad es virtualmente inexistente en un tercio de su territorio. En el caso de Haití, en cambio, el estado carece de un aparato que le permita cumplir funciones básicas como recaudar impuestos o garantizar la seguridad pública. Aceptando la definición del estado como una estructura de dominación que ejerce el monopolio de la violencia sobre un territorio determinado, en el caso colombiano la limitación al poder estatal es territorial (o sea, de carácter horizontal) mientras en Haití es, además, funcional (de carácter vertical).

Para comprender mejor las diferencias de fondo que existen entre los dos casos conviene introducir una perspectiva comparada (véase cuadro adjunto). Según el

ranking de Indicadores de Desarrollo que confecciona anualmente el Banco Mundial, el PBI per capita de Colombia era de \$6.820 (a paridad de poder adquisitivo) en el año 2004. De ese modo, se ubicaba en el puesto 101° sobre un total de 208 economías clasificadas. Haití, a su vez, tenía un PBI per capita de \$1.680, colocándose en el puesto 177°. Las diferencias se tornan más evidentes cuando se observa la compañía: Colombia aparece rodeada por Panamá (en el puesto 100°) y República Dominicana (102°), mientras a Haití la circundan Togo y Uganda. En otras palabras, el grupo de referencia de la economía colombiana lo constituyen los países de ingreso medio, integrado por la mayor parte de América Latina y el Caribe (región cuyo PIB per capita promedio es de \$7.660). En cambio, el grupo de referencia de Haití son los países de ingresos bajos, la mayoría de los cuales se encuentra en el África subsahariana (con un promedio de \$1.850).

Colombia y Haití: indicadores seleccionados

	Ranking de estados fallados (fuente: Foreign Policy, FP July/August 2005)	PIB per capita 2004 (fuente: Banco Mundial, WDI 2005)	Nivel de desarrollo humano 2003 (fuente: Naciones Unidas, UN HDI 2005)
Colombia	14° (95/120)	101° (\$6.820)	73° (0,785)
Haití	10° (99/120)	177° (\$1.680)	153° (0,475)

NB: se lista en primer lugar el ranking en la escala respectiva y, entre paréntesis, el valor absoluto correspondiente a cada indicador.

El contraste se hace aún más dramático cuando, en vez de la economía, se considera el nivel de desarrollo humano, que incluye expectativa de vida, mortalidad infantil, nivel de alfabetización y recursos sanitarios. Mientras Colombia se ubica en el puesto 73° y se codea con vecinos de nivel intermedio de desarrollo como Brasil y Venezuela, Haití se sitúa en el lugar 153°, en el grupo de bajo desarrollo humano. Notoriamente, sólo dos de los 32 países que integran este grupo son

no africanos: además de Haití, Yemen. En síntesis, mientras los indicadores económicos y sociales de Colombia son similares a los de la mayoría de los países de la región, los de Haití son equiparables a los de los países de peor desempeño del mundo, vale decir, los del África subsahariana.

El análisis de los contrastes entre Colombia y Haití no es gratuito: la intención es evitar la asociación automática, y muchas veces errónea, entre pobreza y violencia. Los conflictos domésticos y la debilidad estatal en estos países tienen distintas causas y, por lo tanto, deben ser sujetos a distintos tratamientos. Mientras en Haití la falta de recursos de supervivencia es un problema urgente, en Colombia el inconveniente reside en el excedente de recursos por parte de organizaciones armadas que desafían la autoridad estatal. Cualquier intervención externa debe ser plenamente consciente de los diferentes obstáculos asociados a cada contexto. El mayor peligro que enfrenta una fuerza de seguridad multinacional en Haití es la violencia anárquica de turbas descontroladas; en Colombia, en cambio, a una amenaza militar más seria se suma la

capacidad ilimitada de algunas organizaciones ilegales para corromper a quienes pretendan enfrentarlos.

En conclusión, una intervención extranjera en Haití puede fracasar, pero las consecuencias serán pagadas por los haitianos; si una intervención similar fracasase en Colombia, en contraste, los costos podrían trasladarse (contagiarse) al interior de los estados interventores. Así como en Haití se debe fomentar un proceso de nation/state-building en el contexto de una sociedad que se desconectó de su región y del mundo, en Colombia se requiere extender la autoridad del estado hacia territorios controlados por sectores poderosos y perfectamente (si no legalmente) integrados en la economía mundial. La solidaridad exige ayudar a los países en apuros, pero la prudencia reclama que se lo haga con inteligencia y sin sobreestimar las capacidades regeneradoras de las buenas intenciones.